

IVO ANDRIĆ

CAFÉ TITANIC
(Y OTRAS HISTORIAS)

TRADUCCIÓN DEL SERBIO DE
LUISA FERNANDA GARRIDO
Y TIHOMIR PIŠTELEK

BARCELONA 2008



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Bife «Titanik» i druge priče*

Publicado por:

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© The Ivo Andrić Foundation, Milutina Bojića 4, Beograd

© de la traducción, 2008 by Luisa Fernanda Garrido Ramos
y Tihomir Pištelek

© de la imagen de la cubierta, Galleria dell'Accademia, Venecia.

Concesión del Ministero per i Beni e le Attività Culturali

© de esta edición, 2008 by Quaderns Crema, S.A.

Todos los derechos reservados:

Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, fragmento de *La tempesta*, de Giorgione

ISBN: 978-84-96834-62-0

DEPÓSITO LEGAL: B. 1645 - 2008

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2008*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

En el cementerio judío
de Sarajevo

7

El vencedor

17

Amor en la ciudad

21

Una carta de 1920

37

Palabras

55

Niños

65

Café Titanic

75

EN EL CEMENTERIO JUDÍO DE SARAJEVO

Petar Kočić, que tenía ojo y sentido para el paisaje bosniaco, y como buen escritor era capaz de decir cosas bonitas y exactas así como de pasada, observó el lugar que en este paisaje ocupaban los cementerios y llegó a expresarlo incluso en un artículo especializado. «Como bueyes de montaña, robustos y blanquecinos yacen los montones de piedra grande cuadrangular y, expuestos a las miradas procedentes de todos lados, se derraman al sol y reposan como en un sueño profundo».

Siempre me acordaré de esa observación secundaria, y también la recordé este verano, cuando acudí durante varios días seguidos al viejo cementerio judío que se extiende en la orilla izquierda del río Miljacka, por debajo de la vía del tren de la línea Sarajevo-Užice. Digo «se extiende», aunque es tan escarpado que más parece que desciende y baja rodando.

Las laderas abruptas de Sarajevo, también hoy día, están llenas de cementerios musulmanes con bellas lápidas, llamadas *nišani*. Como ejércitos blancos siempre en campaña o avalanchas de nieves eternas, estos cementerios descienden desde siempre por sus pendientes. Con el curso de los años y de los siglos, estos ejércitos van raleando y las avalanchas son cada vez menos densas. Porque también los cementerios mueren. Muchos de estos *nišani* blancos y antaño rectos se han caído o inclinado, dispuestos a yacer en la tumba con su difunto. En algunos cementerios, como en Alifakovac, el más bello, las lápidas finas y abundantes rue-

dan por el suelo como enmarañadas espigas blancas. Estos cementerios tienen algo no sólo pintoresco, sino también emotivamente poético en su origen y en su desaparición, en su contraste con la nueva vida que bulle y fermenta abajo en la ciudad. No hay nada en ellos que repela y espante, sino que todo es tranquilo y limpio y digno, lo que no es más que el reflejo de una relación juiciosa, humana y heroica con la muerte de los que aquí descansan.

Los blancos cementerios musulmanes por las escarpadas laderas de Sarajevo. Éste es uno de esos temas que me conmueven y exaltan, y me siento lleno de visiones e ideas, pero soy incapaz de expresarme al respecto de una manera más o menos fiel. La poesía de estos cementerios encontrará sus poetas, y no serán poetas de la muerte, sino de la vida. Porque siempre es verdadera la vieja máxima que reza «la muerte no es más poética que la vida». Y los cementerios tienen sentido en tanto en cuanto hablan de la vida del mundo al que han pertenecido los que allí yacen, y la historia de los cementerios tiene sentido y justificación en tanto en cuanto arroja luz en el camino de las generaciones actuales o futuras.

Sin embargo, hoy, aquí, no hablo de todos los cementerios alrededor de Sarajevo, sino del antiguo cementerio de los judíos sefardíes sarajevitas, que con sus blancos mármoles se pierde entre los demás y desde lejos no se distingue.

Al subir por la cuesta corta pero empinada que lleva del Miljacka hacia el cementerio de los sefardíes sarajevitas, siempre pienso en los cuatro siglos de su historia.

Cuando, a finales del siglo xv, los judíos fueron expulsados de España, buscaron refugio en diversos países que no hubieran establecido una ley de expulsión de los judíos

o que al menos los toleraran. Uno de estos países era Turquía. En el siglo xvi aparecen los judíos sefardíes españoles en importantes centros comerciales de los Balcanes, y también en Sarajevo. Su posición social no se diferencia en lo básico de la del resto de los infieles; y peor es en tanto que no son muy numerosos y, como extranjeros, sin lazos de sangre, de religión o de lengua, están completamente aislados del resto del pueblo. Para subsistir en semejantes condiciones, estos judíos refugiados tuvieron que ingeniárselas y doblegarse más de lo que lo hacían los infieles cristianos. Amontonados en una especie de gueto, llamado el «Gran Patio», rodeados por los prejuicios y las supersticiones de sus conciudadanos de otras religiones, por necesidad y por instinto de conservación se encerraron en sí mismos y se atrincheraron en sus propias tradiciones, creencias y prejuicios como tras una muralla. Las reservas de los bienes culturales que habían traído de su antigua patria, España, con el tiempo languidieron y se fueron difuminando, pero ellos, pese a las desfavorables condiciones, con un raro amor las cuidaron y las conservaron en gran medida hasta nuestros tiempos. Por lo demás, su vida espiritual, al igual que la de los fieles de otras religiones, se limitaba a un conocimiento relativo de los textos religiosos y a la repetición maquinal del ritual. En casa y entre ellos hablaban español (tal como lo habían traído en el siglo xv y corrompido por numerosas palabras eslavas y turcas), en la sinagoga y en las ceremonias religiosas usaban el hebreo, con el pueblo hablaban «bosniaco» y con los representantes de las autoridades, turco. Vivían sin escuelas verdaderas ni mayores posibilidades de una vida cultural. Durante el periodo del dominio otomano y más tarde, bajo la ocupación austrohúngara, la legislación existente prácticamente les impedía acceder a empleos públicos y

a puestos de la administración del Estado y los constreñía al trabajo físico, a un número limitado de oficios y, sobre todo, al comercio al por menor y al por mayor.

Era una comunidad pequeña, cerrada herméticamente por la fuerza de las circunstancias y las costumbres, en la que la riqueza, siempre amenazada, se adquiría y conservaba con dificultad y fatiga, y abundaba más la negra pobreza. Todo esto tenía que influir de manera nociva en su desarrollo. Y, sin embargo, nada hizo que degeneraran como un todo, ni los corrompió espiritualmente ni los anquiló físicamente. Y cuando en el siglo XIX las condiciones de vida también para los judíos se tornaron hasta cierto punto, sólo hasta cierto punto, más favorables y modernas, ellos, a pesar del retraso que compartían con las otras religiones, mostraron signos indudables de su energía y talento, de su sentido para lo nuevo, de su deseo innato por el progreso. (En nuestra época han brindado a Bosnia uno de sus mejores escritores, Isak Samokovlija, tan armonioso y profundamente humano). Sólo la Segunda Guerra Mundial y la irrupción oscura y letal del racismo logró dispersarlos y exterminarlos, pues no estaban preparados ni acostumbrados a esa forma de lucha. Siempre quisieron vivir, y siempre en el curso de su difícil historia les arrebatan algo de su existencia. Pero los últimos les quitaron la vida. Su historia, que todavía está por escribir, porque el libro de Maurice Levi sobre los sefardíes de Bosnia hoy día es difícil de encontrar y está bastante anticuado, demostrará no sólo el destino de los sefardíes, sino también la diversidad y complejidad de nuestra vida social en el pasado. Porque, por mucho que hayan constituido un mundo aislado, ellos al mismo tiempo han sido parte integrante de nuestra comunidad.

Con estos pensamientos y recuerdos entra uno por la

puerta de hierro del cementerio de los sefardíes sarajevitas en la ladera inclemente sobre el Miljacka.

El cementerio en la cuesta se divide en dos partes claramente separadas por la forma de las lápidas y de las inscripciones en ellas. Hasta principios de siglo, las lápidas sepulcrales típicamente hebreas eran macizas y talladas con tosquedad, más por delante que por detrás (por su posición y líneas básicas, muchas de estas lápidas tienen algo de un león en la clásica posición sedente, con las patas delanteras estiradas y la cabeza erguida). En el frontal, en lo alto, la inscripción en caracteres hebreos.

A finales del siglo pasado, estas piedras sepulcrales cambian de forma, se acercan a los «monumentos» convencionales de los camposantos cristianos, y las inscripciones en nuestra lengua y en español junto a las hebreas y a menudo sin ellas se hacen más frecuentes. Igual que sucedió en otros lugares, también aquí las lápidas judías intentaron adaptarse al estilo y gusto imperante en el país donde se hallaban. Son las tumbas de gente que ha llevado la vida burguesa de su tiempo, y las losas que las cubren, por su forma e inscripciones, así lo señalan.

Sin embargo, estas piedras son particulares y muestran detalles de los muertos y también de los vivos. Las antiguas, con los epitafios exclusivamente en hebreo, están a un lado, de forma insólita, de escritura incomprensible, como resignadas desde siempre a que sólo una minoría ínfima pueda leerlas y entenderlas, minoría que hoy ni siquiera existe. Orgullosas de su posición. Alguna ya no es más que una piedra. Las letras de la negra inscripción hebrea grabadas someramente hace tiempo que han empezado a ensancharse, a fundirse unas con otras, a desdibujarse y desvanecerse. No se han borrado del todo, pero se han convertido en un adorno que no muestra nada.

Tras estos caracteres hebreos para nosotros incomprendibles, como tras unos visillos finos, pero más duros que cualquier pared, se oculta esa parte de la vida sefardí que los judíos de España han mantenido a lo largo de los siglos. La otra cortina es su lengua española. Durante más de cuatro siglos han conservado y cuidado esa maravillosa lengua de su madre-madrastra, aunque no han podido desarrollarla ni preservarla para impedir que se petrifique y deteriore. En ella cantaban cantos de boda y amor y romanzas de su Andalucía natal, y también la usaban en el trabajo y los negocios y en su vida íntima.

Estos dos lejanos alfabetos y las dos lenguas extranjeras eran para ellos medios de pervivencia y de la indispensable separación como si de dos códigos se tratara en la larga lucha por sobrevivir.

Con los nuevos tiempos, el serbocroata se desarrolla también entre los sefardíes, igual que entre el resto de la población, pero a la vez aquéllos empiezan a utilizar su español sefardí en público, en especial cuando se trata de tradición y folklore. Así llega esta lengua a las lápidas. Extraña ortografía y a menudo versos pobres. Como en tantos cementerios del mundo, en su mayoría se trata de palabras convencionales, tributo pagado al prestigio y fortuna del difunto. En una pesada piedra de mármol negro está escrito con letras de oro, en versos ingenuos, que el finado era un hombre apreciado e inteligente, «*ombre prejado y entelegente*», que había sido

Vicepresidente de la Komidad,
 Presidente de sosjedades,
 Lavrador publico dija i tarde

(«Vicepresidente del ayuntamiento, presidente de diversas sociedades, empleado público día y noche»).

Aquí también los lugares comunes y fríos, los versos torpes se mezclan con epitafios de los que, de manera directa y cándida, emana un sentimiento auténtico y palabras cálidas, la necesidad viva y eterna de decir algo más de aquel que perdemos para siempre.

En la tumba de una madre se lee lo siguiente: «*Madre que non conoce otra justicia que el perdon ni mas ley que el amor*». En la piedra de Doncela Klara Altarac, que murió «en la flor de la juventud», ella se lamenta de que en los primeros días de primavera la cubrió la tierra y de que esa fría tierra «*cubriome la vista del padre sol*». Al lado de la chica descansa su madre, que falleció más tarde, y en su tumba pone:

Clara, no lloras hija mía,
No temes la fosa fría.

Junto con el español, empiezan a hacerse frecuentes las inscripciones y versos en serbio. Éstos también están en los límites de la cotidianidad, como se ve en las tumbas de todas las religiones y pueblos. En la tumba de una madre se lee: «Siempre fuiste maravillosa para nosotros, desde que nacimos. Querida madre nuestra, hasta luego».

Sólo a veces los epitafios superan un poquito las expresiones convencionales de duelo. En uno de ellos, debajo de la inscripción en hebreo pone: «Rahela I. Israel, Gospoja». *Gospoja*, es decir, «Señora». Me parece ver a esta robusta matrona de cabellos blancos a la que sus parientes y vecinos, con un innato sentido del humor y capacidad para dar con la definición psicológica exacta, han llamado «Señora». Y me parece oír esta palabra nuestra que aflora en su conversación española y el cantarín acento arrastrado con el que la pronuncian.

En uno de los monumentos está escrito: «Aquí reposa mi amado y añorado esposo y nuestro amado padre Leo E. Papo, nacido en 1871, fallecido el 12 de julio de 1915, *que estuvo enfermo durante nueve años*». Unas palabras de los antiguos epitafios bosniacos, y un detalle de la vida privada que para los parientes tenía importancia, y que al cabo de tantos años suena inusual.

A Leon Levi, que visiblemente ya es contemporáneo nuestro, sus compañeros, montañeros de diversas religiones, le hacen saber, mediante versos poco hábiles aunque cálidos, que la montaña sin él está vacía y que no lo olvidarán.

En la tumba de Elijas Kabiljo se lee: «Igualmente estamos solos—vivos y muertos—, siempre es lo mismo», como una vaga evocación del verso español: «*¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!*».

Me deslizo por las apretadas filas de tumbas, me sumerjo entre palabras corrientes y entre apellidos conocidos, siempre los mismos: Abinun, Albahari, Altarac, Atijas, Baruh, Daniti, Danon, Eškenazi, Finci, Gaon, Kabiljo, Kajon, Kalderon, Kamhi, Katan, Konforti, Kunorti, Levi, Maestro, Montiljo, Ovadija, Ozmo, Pardo, Pesah, Pinto, Salom. Y los nombres de sus mujeres contienen a menudo algo de la música y poesía de las lejanas tierras soleadas: Anula, Gentila, Đoja, Rika, Masalta, Luna, Buena, Palomba, Simha, Oro.

Tras esas palabras y letras entreveo el pequeño y vivaz mundo sefardí de nuestra infancia. Comerciantes tocados con altos feces, mozos encorvados, tenderos modestos, artesanos en sus puestos, sus mujeres viejas que aún llevan los trajes sefardíes orientales, sus hijos, bien vestidos, ricos y pobres, delgados, míseros. Siento el olor de sus patios y oigo sus animadas exclamaciones guturales en español mez-

cladas con palabras en serbio. Un mundo que ya no existe. Y que no existe lo demuestra este cementerio con claras señales y huellas visibles del gran drama de un pueblo.

Lo primero que se advierte son las huellas no frecuentes pero sí evidentes en algunos monumentos. Aquí la estrella de seis puntas de Salomón está dañada, allí la fotografía del difunto aparece salvajemente rota. Son el rastro de los ocupadores o *ustachas*, de su odio enfermizo y tenebrosa estupidez y de sus culatas o botas.

Llego a una hilera uniforme de estelas de piedra artificial con nombres sefardíes de hombres y de mujeres, y a su lado, como pronunciado por labios mudos apretados, se puede leer: «Fallecido el 24.v.1941, el 12.v.1941, el 2.vi.1941, el 12.vi.1941...». Y así sucesivamente, sin más. Pero el mundo sabe y recuerda esos meses de primavera y verano de 1941. Y aquí están sólo los pocos cuyas sepulturas se conocen.

En la tumba de Simon Katan, que nació en 1871, y tuvo la suerte de morir en 1933, bajo su epitafio en la losa negra, se ha tallado con posterioridad: «1882-1942. Se desconoce el lugar donde se halla la tumba de Dona Katan. Murió en un campo de concentración fascista y su recuerdo está ligado aquí a la tumba de su esposo».

Miles de personas ni siquiera tienen esa nota. Su destino lo explica la gran pirámide de piedra blanca en lo alto del cementerio. En ella pone: «A los judíos caídos en combate y víctimas del fascismo. Jasenovac, Stara Gradiška, Đakovo, Jadovno, Loborgrad, Auschwitz, Bergen-Belzen».

Es la geografía trágica de estos hombres que en su mayoría no deseaban conocer nada mucho más allá de su pueblo, de su casa y de su negocio. Aquí está la tumba simbólica de nuestros sefardíes exterminados y extirpados. De

pie, con la palma de la mano en la piedra, igual que estarán muchos otros, me pierdo en un vivo duelo y pienso en una defensa común que la humanidad, si quiere merecer este nombre, debe organizar contra todos los crímenes internacionales para erigir así un dique seguro y desquitarse de todos los asesinos de personas y pueblos.